

¿El pueblo es un niño?

Esa teoría no parece, por cierto, un descubrimiento de última hora. No hace otra cosa que resucitar el punto de vista característico de aquel «despotismo ilustrado» del siglo XVIII, que floreció en varias Cortes europeas y fué personificado en España por nuestro buen rey Carlos III. «Todo

para el pueblo: nada por medio del pueblo...» Pero los tiempos eran otros, y el «despotismo ilustrado» de antaño tenía, además, amplitud filosófica, elegancia espiritual, simpatía respetuosa hacia los fueros del pensamiento.

Y de entonces acá, toda la obra intelectual, política, social: obra de siglo y medio: obra inmensa, esfor-

zada, a veces heroica: obra que apasionó a los genios más altos que la humana raza produjo, ha ido precisamente encaminada a conseguir que el pueblo deje de ser un niño y se acerque a esa mayor edad, que es la edad de la emancipación...

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Con qué sincero placer pago esta deuda! Mi manifestación de admiración y gratitud a las antiguas sirvientas de mi familia, a aquellas magníficas, fieles, devotas, altruistas mujeres que desempeñaron en nuestro hogar, desde el humilde oficio de barredoras y pulidoras de pisos hasta las delicadas faenas de la cocina y del lavado y las altas funciones de nodrizas y niñeras.

De esas, de igual ley y de tantos quilates, ya no se estilan; el mercantilismo ha secado la fuente que las manaba. Ya se acabaron, ya todas, sin excepción, fueron a recoger de manos de su Creador, el merecido y bien ganado galardón, el Paraíso Celestial prometido a los buenos, a los humildes, a los de corazón noble y generoso.

Pasaron ya, en su dura jornada por este Valle de los Desterrados hijos de Eva y sus nombres que con íntimo cariño no se han borrado de mi memoria, fueron:

DOLORES - RAMONA CARRIÓN

ESTÉFANA - FULGENCIA - CHEPA MELÉNDEZ

CHON - NICHÁ - DOMINGA

MANUELA JIMÉNEZ - MARÍA VÁSQUEZ

La Carrión, la Meléndez, la Jiménez y la Vásquez eran singularizadas por sus apellidos; las demás o no los tuvieron o nunca los supe. ¡Qué importa! Así, sin apelativos, sin distintivo de familia, sin eslabón de continuidad para que pudiera conocerse a sus antepasados, así las guarda mi memoria y las venera mi corazón. Compañeras inseparables de mi infancia, de mi niñez, de mi adolescencia, de mi edad viril; enseres vivos del solar de mis mayores, carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos, partes integrantes de mi hogar paterno y de mi casa propia a la que llevé conmigo cuantas se salvaron del ciclón de nuestras adversidades!

Su abolengo, el de todas, debió remontarse a las Agares del Antiguo Testamento y a las Cleofás del Nuevo; los viejos troncos se columbran ennegrecidos en los campos de la Historia como mudos testigos de las vicisitudes humanas; reverdecieron tras los siglos con las Gregorias Apolinaras o Policarpas Salavarrietas en 1817,

Semper fidelis

con la mama del Erizo Santamaría en 1856 y fué de su dura leña que se labraron Teresa de Jesús, Rosa de Lima, Bernarda de Lourdes, Juana de Donxemy, las madres de Lincoln y de Juárez y la Gran Cavell!

Porque eran buenas sin igual, nobles sin rival, fieles sin tacha, generosas sin ostentación, cariñosas sin medida, sufridas sin queja, honradas sin límite, puras de alma y de corazón, excelentísimas cristianas!

Dolores, nuestra Lola, ocupa el mejor lugar en mis recuerdos: ella me recogió del seno de mi madre, ella me crió, ella me doctrinó, ella me enseñó a temer a Dios y a reverenciarlo; grabó en mi memoria las primeras oraciones y en mi corazón los primeros preceptos; veló mi sueño, rió y lloró conmigo, me castigó y me acarició; y cuando del brazo de un hombre bueno, humilde, justo y honrado fué a formar un hogar que ha sido modelo de virtudes, se llevó con ella las bendiciones del adolescente y el entrañable cariño del niño colegial. Cerró los ojos a la vida terrenal para abrirlos a la Gloria Eterna; ¡si Dios no hubiera existido, mi ferviente deseo lo hubiera inventado para que saliera a recibir aquella alma inmaculada!

¿Quién hubiera podido saear de batea, goma y plancha, blancas como copos de nieve, brillantes como mármol bruñido, mórbidas como fuste de palmera, las camisas de lino que salían de las habilísimas manos de Ramona Carrión, o de Chon, la destriñada chapina?; ¿quién con más primor convertía nuestras semillas y nueces en deliciosos confites y las cortezas y pulpas de nuestras frutas en sabrosísimas conservas, sino la bravísima Estéfana?; ¿quién devolvía más limpia y olorosa a romero, más alba que carne de coco, la ropa blanca que lavaban las bruñidas manos y los nervudos brazos de Fulgencia?; ¿y a guisar a estilo netamente tico, quién podría mejorar a Chepa Meléndez?; ¿a quién podría confiarse mejor la crianza de un rorró que a las sanisi-

mas ubres de Nicha?; quién más alerta, más vivaracha, más juguetona, para entretener criaturas, como Dominga?; ¿quién para cuanto pudiera ofrecerse, con la cuchara, con la piedra, con la escoba, con el trapo de sacudir o con la cera de pulir, como la galana y frescota María Vásquez, la nicaragüense?; y por fin, ¿quién para esos y muchos otros oficios como Manuela Jiménez, la güechita, de cuerpo delgado pero recio como el acero, de pobrísima instrucción pero de imaginación maravillosa y de memoria fenomenal?; ¡ella era Ibsen, Samaniego y Trueba, era Boccaccio, era Edgar Allan Poe, era la rapsodista de las Mil y una Noches, de Don Quijote, de Sancho y de Bertoldo; la insigne relatadora de cuentos de camino, con reyes, príncipes y príncipas, tontos y vivos, enanos, duendes y hadas, gigantes y ogros e invencibles guerreros; la Scherazada nuestra que nos convocaba a la vera de los fogones de la cocina en la prima noche o en el oscuro corredor surcado acá y allá por claros de luna y nos deleitaba con sus interminables fantásticas relaciones!

Todas, las diez, tienen su nicho en mis recuerdos, ornado con las flores de mi gratitud, aromado con el incienso de mi leal reconocimiento. ¡Ellas fueron dispersadas por el vendabal que barrió los lares y penates de mi hogar grande y, alejadas de éste, fueron desgranándose entre los brazos misericordiosos de la Muerte, con palmas o azahares, coronadas de rosas o de espinas, pero con dulce placidez en el apergaminado semblante, con la miel de la sonrisa en los secos labios, con el aleteo de la bienaventuranza en los vidriados ojos!

¡Fieles servidoras de mi hogar, saludo respetuosamente vuestra memoria! ¡Cuando pase de éste al otro mundo, dadme el inefable placer de salir a mi encuentro; quiero principiar los siglos de ventura que del Señor espero, bajo el ardiente sol de vuestras miradas cariñosas y con la grata armonía de vuestras palabras de bienvenida!

MAGÓN

Nueva York, junio de 1925.